

tes relatos incluidos en el volumen *Sobre el pielago*. Pero están entresacadas en una segunda o tercera lectura, porque a la primera no se notan. Quiero decir con eso, que no se trata de un libro construido sobre unas ideas, uno de esos libros hechos adrede poniendo a funcionar las teorías como si fueran máquinas sumadoras.

Pero si esas frases están ahí y es posible encontrarlas poniendo atención, es también porque esos relatos no temen mostrar "cómo son y en qué consisten", sabiendo que el mostrarlo no mermará "en nada la dimensión de su misterio". No tienen por qué esconder el truco porque no son truco. Son misterio de cabo a rabo y, desde todos los puntos de vista, por lo menos los más logrados, que son mayoría.

Pero conviene poner en claro un punto: estos relatos no son "cuentos de misterio", no son "misterio" entre comillas, sino misterio limpio, abierto, luminoso; ése que no se da en cábalas o hermetismos, sino en revelaciones y adivinaciones; ése que no es clima fantasmagórico o nocturno o estrafalario, sino simplemente *clima*. Porque lo primero que entiende un espíritu como el de ella es que el misterio no es sombra sino luz; incluso para aquellos a quienes se les revela entre las sombras no es sombra, sino luz entre las sombras. En este sentido la originalidad de Rosa Charell es absoluta: lo que relata son siempre revelaciones, o sea la forma más desnuda de la experiencia, la única que no puede nunca ser espuria o prestada. Por eso lo que dice es casi imposible de decir: sucede en ese lugar de cada alma que, aunque sabemos que se corresponde, y tal vez supremamente, con otros lugares de otras almas, no tiene sin embargo comunicación directa a través de ese espacio neutro de los signos y lenguajes comunes y desvitalizados. Que pueda decirlo es casi un milagro. Su lenguaje es extraordinario de sutileza, nerviosidad y fuerza. Procede, a su vez, por revelaciones y adivinaciones; por sucesivos deslumbramientos. Pero eso no bastaría: no es por lo bien que escribe o por lo inteligentemente que expone por lo que puede decirlo: es por la intensidad con que lo sabe. Así, en el relato que da título al volumen, la revelación de un pescador que ve sobre las olas amargas en la borrasca incipiente materializarse una mirada que sostiene la suya, y que siente luego confirmada esa inestable experiencia por el instante de dolor insuperable que le causa una espina — todo esto, al poco tiempo de la lectura, es imposible recordar cómo está dicho, porque aun recordado sigue pareciendo imposible. Así su lenguaje, sus medios expresivos, desaparecen. Su escritura es como un soplo que no se puede retener una vez que pasó, pero que ha dejado a su paso un perfume penetrante.

Por este solo ejemplo se comprenderá también que no se trata de esa literatura llamada fantástica o a veces, no se sabe por qué, metafísica. Ni la fantasía como tal ni ese sofoco del cerebro que algunos literatos llaman metafísica tienen nada que hacer aquí. Tal vez alguno de los relatos, aislado, podría dar esa impresión. En el conjunto se ve que son extremos de una unidad cuyo centro está en muy otro sitio. Está en la cotidianidad, como un "punto brillan-

te (según dice ella), que, sin desertar de la realidad, la trasciende"; está en la vida misma, pero directamente mirada y sentida, con la piel desnuda; sentida no como la siente un escritor o un hombre vivo pero distraído, sino como siente el agua un nadador: a la vez como una limpidez y una temperatura: esto es seguramente lo que ella quiere decir con la palabra *clima*, que le gusta. Y

entonces, cuando la vida es clima, limpidez y temperatura que penetran la piel, con nuestra anuencia, por todas partes a la vez, como el abrazo o la inmersión, entonces basta un instante de abandono, de consentimiento, de pureza, para que entre en nosotros, diáfano pero indivisible, es decir como un término y no un tránsito, el inolvidable misterio: un sabor de esas aguas.

DOCUMENTOS

ENIGMA ARQUEOLÓGICO EN COLOMBIA

Por Hernán SAN MARTÍN

CUANDO SE HABLA de culturas colombianas prehispánicas, se piensa casi inmediatamente en la de los chibchas o muikas que ocuparon el altiplano bogotano, alcanzando una gran perfección en la orfebrería. El oro en polvo era laminado en yunques de pedernal y con métodos ingeniosos daban a las láminas una gran variedad de formas. En el Museo del Oro, en Bogotá, hay en exhibición más de 5,000 piezas y joyas de oro, fabricadas en tiempos prehispánicos por los nativos chibchas y quimbayas, de la cordillera central.

No sólo el oro trabajaron los pueblos chibchas. También fueron prolíficos alfareros. Produjeron una gran variedad de cerámica doméstica y ritual, entre la que destaca la antropomórfica profusamente decorada, representando jefes y personajes importantes. Esta cerámica muestra relaciones a veces evidentes con la mexicana; así lo hemos observado en la rica muestra que existe en el Museo Arqueológico de Bogotá.

Pero lo que deseo relatar ahora no es la historia de los chibchas que es relativamente reciente y bien conocida, sino la de un pueblo enigmático que vivió al sur de Colombia, encaramado en los montes andinos, en una zona tan hermosa como impresionante por la altura, los profundos abismos, la selva cubriendo de verde las laderas y las quebradas, y el río Magdalena despeñándose, abajo, entre rocas inmensas.

Este artículo resume las experiencias de un viaje reciente al sur de Colombia, cuyo objetivo era conocer la arqueología de la región.

Hacia esa zona nos dirigimos ahora, hacia las fuentes del río Magdalena, en cuya cercanía floreció la llamada cultura de San Agustín. Aún se desconoce el nombre del pueblo que levantó los monumentos que vamos a encontrar allí. Una vida misteriosa que discurrió a las sombras de las altas selvas, en los orillas del gran río. En la altura, a unos dos mil metros sobre el nivel del mar, esas gentes tallaron en la dura roca una estatuaria que representa uno de los mayores enigmas arqueológicos de América.

El viaje a la zona de San Agustín, partiendo desde cualquiera de las ciudades grandes de Colombia, es largo y pe-

noso. Se baja de Bogotá desde 2,640 metros a 472 en Neiva y se sube de 15° C a 30° C. Los llanos de Neiva justifican el nombre de Valle de las Tristezas, por la aridez y la desolación. La erosión rompe la tierra abriendo heridas rojas, pero secas. A medida que descendemos hacia el sur, el valle del río Magdalena se hace más y más estrecho y profundo hasta convertirse en un cajón de altas murallas rocosas. El camino sube y baja, se ensancha y se estrecha, tratando de sortear todas las dificultades y peligros para llevarnos a nuestro destino. Al final, después de dos días de viaje, el río Magdalena me recordaba al Urubamba yendo hacia Macchu Picchu. Tal es la belleza del paisaje y lo imponente de la naturaleza.

El camino termina definitivamente en la cima de los montes, en un pueblito antiguo y solitario llamado San Agustín. Allí, en la plaza del mercado, encontramos las primeras muestras de lo que andábamos buscando. Frente a la iglesia han colocado unos extraños ídolos de piedra que proceden de la zona arqueológica. Esta es relativamente pequeña, no se extiende más allá de un área de 500 kilómetros cuadrados; la mayoría de los monumentos está alrededor del pueblo de San Agustín.

Lo que más asombra es el número considerable de estatuas: más de 300 han sido encontradas, algunas de hasta 5 metros de altura, dispersas o agrupadas, a veces cubiertas por la selva, otras veces en la cima de los montes o en miradores naturales. La gran diversidad de formas y la monumentalidad de muchas de las estatuas contrastan notablemente con la pobreza de otras manifestaciones de esta cultura. Se han encontrado también temples en forma de dólmenes o corredores cubiertos emplazados entre montículos artificiales, tumbas y sarcófagos monolíticos, cerámica rudimentaria, pero de formas variadas, útiles en piedra tallada y en piedra pulida y piedras grabadas. No se ha encontrado arquitectura doméstica ni vestigios de habitaciones humanas. Este es uno de los problemas más interesantes de esta cultura.

En algunos sitios hay profusión de monumentos representando seres mitológicos, animales o ídolos. Los temples destinados al culto de las divinidades son dólmenes propios de culturas neolíticas primitivas. Las tumbas, cavadas en la tierra, tienen la forma de pozo con cámara lateral y contienen urnas funerarias. Más características son las sepulturas en forma de rectángulos de piedras planas con cu-

Hernán San Martín es director del Museo de Hualpén en Concepción. Ha realizado importantes estudios sobre el arte chibcha en especial y las culturas precolombinas en general.

biertas de piedra en las que el cadáver se colocaba extendido. Pero las sepulturas más extraordinarias de este pueblo son aquellas que contienen sarcófagos monolíticos, de los cuales sólo se han encontrado dos, muy semejantes a los sarcófagos etruscos, pero sin su profusa decoración. Estos sarcófagos no se encuentran en ninguna otra cultura americana.

Mirada en conjunto, a pesar de la variedad que muestra la estatuaria, es notoria una unidad estética que se manifiesta en el carácter arquitectural y la frontalidad de las figuras como si se hubiera escabullido el trabajo en volumen; la gran proporción de la cabeza en relación al cuerpo; la nariz ancha negroide; la falta de independencia de los miembros que nunca se ven separados del cuerpo; la boca pronunciada con dientes más numerosos que la natural y con colmillos salientes hacia arriba y hacia abajo; el hieratismo de las figuras en un deseo de darles perennidad tal como sucedió en el arte egipcio; inspiración en modelos vivos de la naturaleza, pero abstracción intencionada de las formas reales. Esto da a las estatuas de San Agustín un carácter imaginativo que da paso a una nueva realidad. En muchas estatuas se observa, junto a la estilización y a lo fantástico, un prolijo conocimiento anatómico. Esto muestra que los escultores primitivos podían presentar las figuras en forma realista y podían deformar la realidad a su antojo.

El propósito religioso-mágico aparece evidente en estas estatuas. Ellas representan animales y bestias fantásticas, figuras humanas o divinidades mitológicas. En algunas estatuas se encuentra, encima de la cabeza del ser representado, otra cabeza o un ser completo, generalmente un animal. Esto es lo que Preuss, la mayor autoridad en arqueología agustiniana, llamó "el otro yo" y que parece tener un significado totémico, de protección derivada de otro ser que tiene poderes sobrenaturales. Lo interesante es que estas estatuas con dobles son las más perfectas de todas y revelan un gran desarrollo del arte escultórico como del totemismo de la misma época.

La cultura de la zona de San Agustín es todavía uno de los mayores enigmas de la arqueología americana. Preuss se limita a decir que ella es de carácter arcaico y que ofrece los mayores paralelismos con las culturas del norte del Perú (Chavin, Proto-Chimú, Proto-Nazca y Tiahuanaco.) Es posible que pertenezca a la misma capa cultural del macizo andino que se extendió desde México hasta Bolivia, ya que esta cultura se encuentra en el centro de un complejo extraño de representaciones "del segundo yo" que se observa desde México hasta Perú.

El enigma que representa la estatuaria y otros monumentos encontrados en la zona de San Agustín se ha esclarecido bastante en los últimos años. Pérez de Barrada, colombiano, la clasifica como cultura megalítica septentrional andina; y Tello, peruano, la considera en la misma forma como una rama norte de la cultura arcaica andina, siendo la meridional tiahuanaco. Es probable, entonces, que de un fondo cultural común andino, arcaico y megalítico, se independizara la llamada cultura de San Agustín, debido al aislamiento geográfico, determinando características propias en el arte y en la religión, pero sin superar las evidentes influencias de

las culturas mayores contemporáneas, como la de Chavin (norte del Perú) y Tiahuanaco (Perú-Bolivia.) Mucho más lejana aparece la influencia maya, manifiesta especialmente en los monumentos con "segundo yo". Esto contraría la tesis de Uhle que calificó esta cultura como mayoide.

Hay un hecho bien claro en esta cultura: solamente los adoratorios o templos con lajas sin labrar, los sarcófagos monolíticos y los templos-tumbas subterráneos de Tierra Adentro son originales y únicos en la arqueología americana. La estatuaria, que es el mayor producto de la cultura de San Agustín, muestra estrechas ligazones con otras culturas andinas, particularmente con la de Chavin. Antes habíamos visitado el adoratorio Illavain,



El propósito religioso-mágico aparece evidente

cerca del pueblo de Aija, en la provincia de Huaraz, en Perú, que es también un dolmen como estos, adornado con estatuas de piedra muy similares a las que existen aquí en el cerro Sipá. También son parecidos los sepulcros de San Agustín con los de la cultura de Chavin. En Chilac y en Andaymays, Perú, existen, al igual que en Ecuador, sepulturas bajo túmulos similares a estas de San Agustín. Junto al lago Titicaca, en la ribera norte, nosotros visitamos, en 1957, dos dólmenes grandes, con las características que ahora hemos encontrado en los de San Agustín.

Cerámica parecida a la de San Agustín se encuentra en varios sitios de Colombia (Tierra Adentro, Moscopán, Nariño), en Ecuador (hallazgos de Rivet), en Perú (Tello encontró cerámica similar a la más antigua cultura de Huaylas) y en Tiahuanaco.

Estatuas semejantes a las de San Agustín se han encontrado en otros sitios en Colombia, Moscopán (Tierra Adentro, La Cruz, Pasto, Berruecos, etc.), en Ecuador (Imbaburá, Isla de Puna, Manabí), en Perú (Cantá, Huaylas, Aija, Chavin), en Bolivia (Tiahuanaco). Los grandes colmillos salientes, tan típicos de la estatuaria de San Agustín, se encuentran también en la cerámica de Chimbote y Pachacamac, en vasos antropomórficos de Tiahuanaco, en máscaras de cobre de Chicama y en las estatuas de Chavin. Hacia el norte se encuentran ciertas similitudes con

la estatuaria de Coclé (Panamá), Costa Rica, Nicaragua y en menor escala con la de la zona maya. Estas relaciones parecen mucho más lejanas que las que existen con las culturas del sur de Colombia.

En relación a la cronología, parece que la primera etapa de apogeo cultural en San Agustín corresponde con la de Chavin, Perú, entre el 150 d. C. y el 300 d. C. La construcción de los temples parece datar del período entre los años 400 y 700 d. C., época en que las estatuas muestran ya cierto barroquismo; en este período las relaciones son con la floreciente cultura de Tiahuanaco. Hacia el 700 d. C. la cultura de San Agustín se habría extendido por Colombia produciendo, entre otras cosas, los templos subterráneos decorados de Tierra Adentro, únicos en toda América. Hacia el año 800 d. C., este misterioso pueblo escultor parece haber sido desalojado de la zona de San Agustín por los Arawac del Cauca, que venían movilizándose por la presión de las migraciones chibchas. La gente de San Agustín se movió hacia el sur de Colombia y norte del Ecuador. Debe haberse producido una absorción cultural, porque ya hacia el siglo X d. C., la cultura de San Agustín se había extinguido en tal forma que los cronistas españoles de la Conquista ni siquiera mencionan las extraordinarias estatuas de piedra. Es posible que los actuales indios Xibundoyas, que habitan esta zona y el norte del Ecuador, sean los descendientes de los misteriosos hombres de San Agustín.

Lo arqueólogos colombianos se sienten naturalmente tentados a ver en la cultura de San Agustín el foco de partida de las altas culturas americanas precolombinas, en el sentido de que ella constituiría la cultura arcaica del macizo central de los Andes, de la que se originaron, por difusión, las otras culturas hacia el sur y hacia el norte.

Según la teoría colombiana, esa cultura de origen habría florecido entre los años 500 a. C. y 500 d. C.

Hay hechos en contra de esta tesis: lo reducido del área arqueológica de la cultura de San Agustín; la unilateralidad de sus manifestaciones; la falta de hallazgos de otro tipo que demuestren un pueblo establecido en esa zona; la falta de hallazgos que fundamenten una cronología.

Hay, en cambio, muchas demostraciones de que esta cultura recibió influencias muy directas del sur y más lejanas del norte. Vimos las similitudes con las culturas de Chavin y Tiahuanaco; hay también relaciones bien marcadas con la cerámica antropomórfica de Mochica (Perú), y con la decorativa de Nazca (Perú).

Con estos datos y con el conocimiento del lugar en que se desarrolló esta cultura, nos parece más lógico pensar que la cultura de San Agustín fue un reflejo temporal de las influencias entrecruzadas de las grandes culturas del sur y del norte de América, con mayor participación de aquellas por razones geográficas obvias.

Es posible que la zona de San Agustín haya constituido una región sagrada, un centro ritual de adoración a la naturaleza, con el mismo sentido que lo tuvo Macchu Picchu, en las altas cumbres de los Andes junto al río Urubamba, en un lugar tan hermoso como éste.

—Tomado del Boletín de la Revista de Arte.